

X

El día antes de escribir esta carta, Cecilia se hallaba, á eso de las cuatro de la tarde, bordando junto á una ventana del salón, pues á causa de la escasa fortuna de las señoritas de Lartiga, Cecilia les ayudaba también con el producto de algunas labores en las que era muy primorosa; además tenía cuatro lecciones de piano y canto que daba á cuatro señoritas, hijas de las familias más visibles de Alcalá, y con otras dos de francés é inglés conseguía un sueldo mensual que llevaba á las viejas señoritas una abundancia que hacía muchos años les había arrebatado las locuras galantes de su señor padre.

Cecilia era tan feliz como se puede ser en esta tierra de dolor, aunque careciese de todos los elementos que se creen precisos para la dicha. Era pobre, estaba sola, aislada, podía dársele ya el dictado de solterona, y, sin embargo, una paz celestial, un contento infinito de sí misma, un amor ardiente al Padre de todos, llenaban su alma. Un rayo de sol, una flor que se abría, el murmullo de una fuentecilla campestre llenaban de gratitud su corazón y le hacían elevar al cielo los ojos y

el corazón para alabar al Creador de tantas bellezas. Retirada á su cuarto á las diez de la noche, que era la hora en que se recogían las señoritas de Lartiga, se apoyaba en la ventana abierta, y allí oraba mirando al firmamento tachonado de estrellas, y allí buscaba la sombra de aquel hombre que ya en los umbrales de la muerte la había amado porque era buena, sin pensar en que no era bella ni rica. Todos los demás hombres la habían deseado como juguete de un día, porque era muy pobre y de muy modesta familia para pensar en casarse con ella; pero aquél le había dicho con esa voz de los moribundos que no miente: —«Si te hubiera conocido cuando era libre, tú hubieras sido la dulce compañera de mi vida.»

Cecilia no había tenido más triunfo que éste, porque todos los que apetece la vanidad femenina, ella los había desdeñado; pero éste le bastaba para amar y venerar la memoria del que le había dado tan alta muestra de estimación.

Ella también le hubiera amado; de todos los extravíos de su vida le hubiera preservado, porque Cecilia pensaba, y tenía razón, que la dulce influencia de la mujer lleva al hombre al camino recto con suavidad y discreción.

Pasaba Cecilia su apacible vida entre Dios y el trabajo; leía, cuidaba flores, tocaba el piano, y nada más pedía que la continuación de aquella existencia tranquila; trataba también á algunas familias respetables del pueblo, y sobre todo á las

de sus discípulas, y algunas tardes iba á hacer compañía al viejo capellán, que la recibía como á un rayo de sol.

Las señoritas de Lartiga salían siempre juntas, y seguían sus relaciones con la aristocracia del país: iban á sus visitas, á la iglesia, al cementerio para orar por su padre y por Barrientos, y algunas tardes se quedaban en compañía de Cecilia, á la que profesaban un afecto maternal.

En la tarde en que Cecilia bordaba sola en el salón, las señoritas de Lartiga se hallaban terminando una novena en la iglesia parroquial. Cecilia, aunque ocupada en su bordado, miraba á la calle cuando pasaba algún raro transeunte, y no fué poca su admiración al ver correr á dos ó tres mujeres que pasaban por debajo de la ventana.

Cecilia se asomó para ver lo que ocurría, y viéndola una de ellas, le dijo sin dejar de correr en la misma dirección:

—¡Señorita Cecilia, una mujer muerta!

—¿Dónde?—preguntó la institutriz.

—En la carretera.

—¿Quién lo ha dicho?

—El chico de la Juana. Ya está avisado el Alcalde. Yo voy ahora á verla.

Cecilia, conmovida sin darse muy bien cuenta del porqué, dejó su bordado sobre la mesita de labor, se levantó, y poniéndose una manteleta y un sombrero, salió á la calle y siguió la dirección de aquellas mujeres que corrían hacia el campo.

La distancia no era larga, porque la casa de la Baronesa de Lartiga, cuyo título llevaba Elvira, se hallaba muy cerca de la salida del pueblo.

El grupo de las mujeres se había ido engrosando, y ya era bastante numeroso. Cecilia se acercó y le abrieron paso. Cerca de un árbol muy antiguo de grueso tronco, estaba tendida una mujer, que Cecilia reconoció al instante. Era Alicia, y había caído rendida á un desmayo mortal en el mismo sitio, junto al mismo árbol donde había caído su madre veinticinco años antes, donde ella lloraba por no poder levantarla, y donde Barrientos las había encontrado y acogido bajo su noble protección.

—Yo conozco á esta señora—dijo Cecilia;—suplico á ustedes me dejen pasar...

Los curiosos le abrieron calle, y Cecilia llegó hasta la infortunada, se arrojó de rodillas á su lado y puso una mano sobre su corazón.

—No; no está muerta—exclamó con gozo;—su corazón late todavía... ¡Señora Duquesa, soy yo..., soy Cecilia...! ¡Agua; un poco de agua y vinagre!—prosiguió.—¡Pronto, pronto!

¡Una Duquesa! Los labradores que habían ido llegando de los campos vecinos miraban á la pobre mujer tendida y exánime con un asombro profundo. Llevaba un vestido de lana negra, agujereado en fuerza del uso; sus pequeños pies estaban encerrados en unas botitas muy deterioradas, pero de hechura elegante y de alto precio; una

toca de terciopelo guarnecida de una larga pluma gris se había caído de su cabeza, y dejaba descubierta una abundante cabellera, cuyo color primitivo debía haber sido rubio dorado, pero que los años habían cambiado prematuramente en blanca, y los preparativos de la química en un gris que tiraba á verdoso; desprendida aquella cabellera, inundaba como un manto de seda los hombros y el pecho; los ojos, á pesar de estar cerrados, se veían hundidos y rodeados de círculos oscuros; pero ¡qué hermosos y grandes ojos debieron ser cuando reflejaran la inocencia del alma! caían las largas pestañas como oscura sombra sobre sus mejillas, y la dulce boca, pequeña, movable, de expresión deliciosa y sonriente, respondía en suave armonía á la expresión de dulzura de los ojos, que aun cerrados eran arrebatadores.

Sus blancas y afiladas manos, un poco largas, estaban flacas y arrugadas, y en toda su persona se veía á la mujer caída de muy alto, destrozada y herida en la batalla de la vida.

Á la vez que traían un vaso con agua y una taza con vinagre, llegaban el juez, el escribano y un médico; éste se acercó á la paciente, la reconoció y dijo:

—Es inanición..., necesidad. Un poco de vino, y, si lo hay, un poco de caldo.

—En casa lo hay siempre—dijo Cecilia á una mujer del pueblo;—pida usted de mi parte...

—¿Adónde se la lleva?—preguntó el juez.

—Adonde yo resido—dijo vivamente Cecilia;— á casa de la señora Baronesa de Lartiga.

—¿Por qué no á su antigua casa?—preguntó un anciano labrador que también la había reconocido.

—¡Oh!; ¡no me atrevo!—murmuró Cecilia.— Quizá su mal se agravaría allí recordando la escena en que su hijo...

—Disparó un tiro á su padrastró... Ahora lo recuerdo, y no creo prudente llevarla allí—dijo uno de los notables de Alcalá, hombre ya anciano y que conocía á toda la familia de Barrientos de largo tiempo.

El médico hizo pasar á la pobre mujer algunas gotas de vino; pero sus ojos, entreabiertos un momento como para dejar ver toda su hermosura, se cerraron al instante, y una palidez más densa se extendió por su rostro.

—No es posible esperar á que venga un coche —dijo el juez,—ni esta pobre señora puede permanecer aquí.

Y volviéndose á las personas que se hallaban más cerca, les dijo:

—Vayan ustedes al instante por una camilla al hospital, y vengan pronto... Puede morir aquí, porque parece estar en la agonía...

Mientras llegaba la camilla, Cecilia, sentada sobre la hierba, sostenía en su falda la cabeza de la desgraciada: no había sido posible incorporarla.

Sus mejillas, flacas y hundidas, estaban heladas; en cambio, su frente abrasaba. Levantó el médico sus brazos uno después de otro, y ambos cayeron inertes. Cuando la pusieron en la camilla volvió á entreabrir los ojos, miró en derredor suyo, y lanzó un débil suspiro, á la vez que dos gruesas lágrimas se deslizaban por sus lívidas mejillas.

Aquella mujer, que había hecho del lujo su pasión y de la elegancia su culto, volvía á la vida en la camilla de un hospital.

Cecilia, ayudada de la aldeana que servía en casa de las señoritas de Lartiga, colocó en su propio blanco lecho á la madre de Gonzalo y de Eva. Antes de que el juez se retirase, le dijo que la Duquesa de Medellín quedaba bajo su cuidado, y que no sólo ella, sino también las señoritas de Lartiga respondían de ella.

—No sé—concluyó Cecilia con dulce dignidad —por qué tristes acontecimientos y dolorosos trámites ha llegado esta dama al estado en que la hemos encontrado; pero su familia toda está en la opulencia: tiene padre, tiene hijos que sólo anhelan tenerla á su lado. Confíe usted en mí, señor juez, seguro del interés y respeto con que miro su infortunio.

El médico quedó aún por algún tiempo al lado de Cecilia, administrando á la enferma un cordial que había que alternar con pequeñas cantidades de caldo, y retirándose después de asegurar á Ce-

cilia no había peligro por el momento. Poco después llegaron la Baronesa y su hermana, que prevenidas por Cecilia se asomaron á la alcoba de puntillas para ver á la que tanto las había despreciado por su fealdad y su pobreza: las buenas señoritas sintieron que sus ojos se llenaban de lágrimas, y aplaudieron á Cecilia el pensamiento de llevar á su casa á aquella desdichada, tan cruelmente abandonada de todos.

—¡Oh, mi adorado Tomás, á quien con tal pasión he amado desde que existo!—pensó Isabel, alzando los ojos al cielo.—Descansa en paz en esa mansión de gloria, y confía en mi cariño é interés por la que tanto amaste. ¡Ojalá pudiera salvarla á costa de mi vida!

Al anochecer volvió el médico, repitió la dosis del cordial, observó á la enferma, y dijo en voz baja:

—Va á volver en sí.

En efecto, Alicia suspiró profundamente; sus largas pestañas palpitaron como las alas de una mariposa, y sus párpados se entreabrieron, fijando una mirada de asombro en cuantos la rodeaban; agitáronse sus labios, y dijo con voz débil y entrecortada:

—Tomás, me faltan las fuerzas, y voy á morir aquí, en el mismo sitio donde iba á morir mi pobre madre: ¡sálvame, sálvame!

—Trastorno completo cerebral—murmuró el médico:—ha debido sufrir mucho esta pobre mujer..., y morirá pronto...

—¡No me dejes, Tomás, no te separes de mí—exclamó la Duquesa con voz lastimera y agitando las manos.—Todos me engañan, me atormentan, me roban... Nadie más que tú me ha querido en el mundo...; por eso eras indulgente con todas mis faltas...; por eso eras la bondad misma..., porque me querías...; y yo te he engañado por vanidad, porque un hombre de alta clase se fijó en mí, no porque me amase, sino para vengarse cobardemente de ti...; para deshonorarte, para matarte después... ¡Horror, horror; sangre, crimen!... ¡Oh!; yo no soy ya como mi madre, no; soy mil veces peor... ¡Mi padre vive y ella murió, pero yo vivo y tú has muerto...!

Un sudor frío inundaba la frente de la Duquesa, que se sentó en la cama; la rica chambrea guarnecida de encajes, pero deteriorada y vieja, que cubría su pecho, estaba entreabierta, y se veía la espantosa palpitación de aquel pobre corazón, que sólo tras de muchas horas de suprema angustia había dado muestras de que existía.

—Después que me dejaste en el mundo, ¡cuánto he sufrido, Tomás! Nació en este pobre corazón enfermo un odio al Duque, que era invencible...; sólo veía en él al cómplice de mi traición... Nunca le había amado, y poco á poco le fuí aborreciendo..., y él también á mí... El crimen nos ligaba y nos oprimía como un nudo fatal, y él murió sofocado por este nudo terrible... Cuando él murió, quise vivir al lado de mis hijos, al lado

de Eva, porque Gonzalo había huído de mí; pero no sé qué demonio enemigo me hizo conocer á otro hombre, que al llegar á París me abandonó... Allí fuí el juguete de todos...; allí la infame mujer á quien en otro tiempo abrí mi casa, me hizo conocer todos los abismos de la infamia...; allí conocí lo que era el juego, la embriaguez, la carencia de asilo, de pan, de techo, de abrigo... ¡Oh, cuántos horrores he visto y he pasado! ¡Oh, yo debo y quiero morir, porque después de lo que yo he visto, ya no se puede ni se debe vivir...

Estas siniestras revelaciones pasaban desapercibidas para las inocentes señoritas de Lartiga, pues éstas jamás habían bordeado los abismos del mal. En cuanto á Cecilia, tampoco las comprendía en toda su terrible claridad: sólo veía allí una vida quebrantada por el dolor y el arrepentimiento.

Alicia quedó adormecida al amanecer. Maquinalmente tomaba algún poco de caldo; pero cuando el delirio cedió el sitio al sopor, ya no fué posible hacerla tomar nada. Cecilia habló de trasladarla á casa de sus hijos, á la gran casa de Barrientos, de la que había sido la soberana opulenta y adorada; pero el médico se opuso terminantemente, diciendo que se abreviarían las pocas horas de vida que le restaban.

Cecilia salió hacia las diez de la mañana y fué á ver al viejo capellán. Era imposible llevarle al

lado de la Duquesa para que le prestase los auxilios de la Religión, porque estaba muy sordo y casi ciego. Cecilia no quiso alterar la dulce paz del anciano sacerdote haciéndole saber lo que ocurría. Se volvió á casa de las señoritas de Lartiga, y esperó rogando á Dios que apresurase la llegada de Gonzalo. Sabía que iba á llegar, y sólo anhelaba que el hijo recibiese el último abrazo de su madre, quizá el primero que le había dado de corazón, y el sacerdote recomendase su alma. Hubo un instante en que la Duquesa salió de su letargo y reconoció á Cecilia sentada á la cabecera de su lecho. El sol doraba con sus últimos rayos las copas de los árboles: al movimiento de la enferma, Cecilia se inclinó hacia ella. La Duquesa, cuyo cerebro se había despejado con esa lucidez que precede á la muerte, la reconoció.

—¡Cecilia!—dijo,—¿y mis hijos?

—Eva está casada, señora Duquesa.

—No me llame usted así—exclamó Alicia;—no me dé ese título aborrecido... ¿Dónde vive mi hija?

—En Roma.

—¿Y mi padre?

—Vive con su nieta.

—¿Son felices?

—Cuanto pueden serlo sin usted.

—¿No aborrecen mi memoria?

—Al contrario: les es muy querida, y su más ferviente deseo es abrazar á la que tanto aman.

—No, no los veré—dijo Alicia tristemente;—yo moriré sola, y bien lo he merecido...

Hubo un gran silencio, tras del cual murmuró la Duquesa con voz temblorosa:

—¿Y mi hijo?

—Va á llegar.

—¿A llegar?—repitió Alicia con terror.

—Quiere abrazar á su madre y llevársela al seno de su familia.

—¿Me ha perdonado, entonces?

—Don Gonzalo Barrientos y Valenzuela es sacerdote, es decir, ministro del Dios de paz y de misericordia.

—¿Es sacerdote?

—Para rescatar los errores de su adorada madre.

—¡Dios, Dios de bondad, Dios mío, bendito seáis!—exclamó la Duquesa, que se incorporó en el lecho.—Yo venía como el pájaro herido para morir en el nido donde hallé amor...; pero ya que eso no pueda ser, ya que no pueda morir en la casa que fué mía, ¡que pueda recibir la bendición de mi hijo!...

Aquella emoción suprema agotó sus últimas fuerzas. La respiración empezó á ser débil; sus ojos se cerraron. Las señoritas de Lartiga, asustadas, enviaron á la parroquia en busca de un sacerdote, que acudió al instante; escuchó la prolongada confesión de Alicia, que fué interrumpida por frecuentes desmayos, y la absolvió de to-

das sus faltas en el nombre de Dios, y le administró en seguida el sacramento del Viático.

La noche caía y la sombra descendía de los cielos, cubriendo los dolores de la Tierra. Ya no quedaba á la Duquesa más que un soplo de vida: era una luz que moría. Las piadosas señoritas de Lartiga rezaban el rosario en voz baja, y aquellas pobre mujeres, objeto de las desdeñosas burlas de la Duquesa, eran entonces las solas personas que rogaban por ella.

La puerta se abrió, y una figura esbelta apareció en el umbral: un joven sacerdote, cuyo hábito negro hacía resaltar la belleza soberana de la cabeza. La moribunda apenas lo apercibió. Gonzalo adelantó algunos pasos, se acercó al lecho, tomó la mano de la Duquesa, y exclamó con un acento que salía del fondo de su alma:

—¡Madre!

—¡Hijo..., hijo mío!—murmuró Alicia.—¡Perdón!...

—¡Muere en paz, madre mía!—exclamó Gonzalo Barrientos, cayendo de rodillas junto al lecho y besando la frente de Alicia; y extendiendo las manos sobre la cabeza de la agonizante, añadió con voz solemne:

—Yo te perdono en el nombre de Dios, en el nombre de tu padre, del mío, y en el nombre de mi hermana, y yo te prometo que mi vida entera será ofrecida al cielo como rescate de tu alma martirizada y dolorida!

Un débil suspiro respondió á estas palabras. Alicia Valenzuela había dejado de existir.

Tres días más tarde, y después de dejar á su madre durmiendo el sueño eterno en el cementerio de Alcalá de Guadaira, Gonzalo fué á despedirse de su abuelo y de su hermana, y partió para las misiones de África, donde al cabo de tres años buscó y halló la palma del martirio.

Cecilia cerró los ojos de las señoritas de Lartiga, que murieron con pocos días de diferencia: se habían querido tanto, que ni la muerte pudo separarlas.

Cecilia fué su heredera, y pudo decir que antes de morir tuvo un hogar suyo. Hasta que el peso de los años la impidió trabajar, siguió con sus bordados y sus lecciones, y dando á los pobres la mayor parte de su importe. Murió como una santa, rodeada de sus amigos, que eran casi todos los vecinos del pueblo, y cerrando antes los ojos del venerable capellán, que la precedió algunos años en el camino del cielo.

Don Lorenzo Valenzuela dejó ordenado que, después de muerto, se trasladasen sus restos á Alcalá de Guadaira y se enterrasen al lado de los de su mujer, sepultada allí por la caridad de Tomás Barrientos: el severo anciano había amado de tal suerte á la pecadora que había deshonrado su

nombre, que ya que no pudo perdonarla en vida, quiso dormir á su lado después de la muerte.

Eva, madre ya de tres niños romanos, consiguió de su marido que todos los años fuesen á pasar algunos meses á España. Riquísima con su fortuna y con la herencia completa de su abuelo, pues Gonzalo había renunciado su parte, hacía continuas obras de caridad en nombre de su madre. Durante su estancia en España se iba con sus hijos á la gran casa de sus abuelos. Á entrambos lados del edificio hizo levantar un hospital y un asilo para ancianos, y en la capilla de cada uno se decían todos los días misas por el alma de sus desventurados padres; y todo fué paz, caridad y amor, en aquellos sitios donde vagaba la augusta sombra de Barrientos.

FIN DEL LIBRO.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTENEGRO, MEXICO



